

Los viajes por España Los manes del neocapitalismo

MI amigo mister Blidder se lleva a la Gran Bretaña una no pequeña biblioteca en sus maletas. Así lleva haciendo tres o cuatro años y tiene ya muy adelantada una obra sobre España. Sinceramente me ha confesado que cada año entiende menos el país y es seguramente porque cada año lo va entendiendo mejor y huye de las simplificaciones y de los conceptos claros como de la peste. Desde luego, me dice mister Blidder, antes de escribir una de esas cosas que sobre su país escribe la revista «Life» me mostraría una mano. Y eso que fueron su guía el primer año que aquí estuvo.

La revista «Life» es siempre inefable. Es imposible seguramente escribir mayores tonterías sobre cualquier tema en mejor papel y con mejores fotografías. Pero cuando trata de España, la revista «Life» se supera de un modo extraordinario y sus reportajes debiera publicarlos nuestra prensa cómica. Sin embargo, todo eso ha podido parecer serio alguna vez por ahí fuera y por aquí dentro, a juzgar por la irritación que ha producido. Y quien dice «Life» dice bastantes otras revistas y bastantes otros corresponsales.

Claro que eso ocurre también a algunos corresponsales nuestros y ahora acabo de enterarme por un inefable señor que está en Colombia que Wright Mills era comunista y que sus obras en las que el marxismo y el comunismo quedan vapuleados convenientemente son reparadas por los comunistas como propaganda. Es como si mañana decimos nosotros a un norteamericano de tantos como nos visitan con su increíble ingenuidad que vamos a hacer un auto de fe en la Plaza Mayor de Valladolid, presidido por Riego. El turista no tiene tiempo para leer y parece que tampoco muchos corresponsales.

Todo lo contrario que aquellos viejos viajeros del XVII, XVIII y XIX sobre todo que se llevaban hasta bulas falsificadas, pero demostraban por lo menos su amor por los documentos. Los relatos de viajes por España de estas épocas son muy interesantes y con frecuencia modelos de veracidad e información, aunque otras, como en el caso de madam D'Aulnoy o del Caballero de San Gervasio, sean poco más que muy curiosas novelas. Townsend y Borrow o el P. Caino llegarán a ser luego, por el contrario, hasta fuentes históricas muy seguras.

El viaje más célebre narrado en memorias es, desde luego, el de Borrow. El inglés pasó aquí varios años, se avecinó en Madrid durante bastante tiempo y allí todo el mundo le conocía por «don Jorgito el inglés». Manejaba muy bien el castellano y el caló y, como vivió por ventas y mesones, con bandoleros y contrabandistas y entre las clases más humildes, sus recuerdos son verdaderamente preciosos para nosotros.

El buen hombre vino aquí con ideas apostólicas a convertir a los españoles de su idolatría papista y se imaginaba que si nuestros abuelos leían sus Biblias sin notas todo el monte iba a ser ya orégano. Todo el mal de España, a sus ojos, estaba en que aquí no se conocía la Biblia sin notas y logró vender o regalar unos cuantos cientos echando por muy alto la cuenta. Nuestro clero le recibió bastante bien en casi todas partes. Tuvo algún malos, pero de todos salió muy airoso, gracias a que el embajador de Su Graciosa Majestad el Rey de Inglaterra, que entonces era en España una cosa así como ahora el embajador de los Estados Unidos es ahora en el Vietnam del Sur, o sea, el dueño y señor, visitaba a nuestros gobernantes y les decía que le agradaría ver libre al señor Borrow en su tarjeta evangélica y cultural.

No me explico cómo Borrow disgustaba tanto a don Marcelino Menéndez Pelayo. Es un escritor encantador y, hasta cuando se cree los cuentos que le cuentan los falsos judíos con que se encontró o los ladinos labradores y venteros a quienes trataba de convertir, resulta interesante en sus valoraciones. Nos legó además una preciosa entrevista con un inquisidor en Córdoba y un retrato de la cárcel de Madrid que compartió con uno de los bandidos de la pandilla de Candelas: Balseiro. Las ventas, los mesones, los poblados medrosos de la caída de la noche, los inquisidores cesantes, los cantos de las lavanderas en el río, las cárceles alegres de la época como la de Toro son evocados en su libro como en libro alguno español. Y, puestos a criticar su fidelidad histórica, de ninguna manera podríamos escribir un libro de inexactitudes tan voluminoso y divertido como el que confeccionaron con bastante buen humor y un poco de malignidad el duque de Maure y don Agustín González Amezcua sobre el libro de viaje a España de la condesa de Aulnoy.

Y España es diferente en muchas cosas, por supuesto. Pero ponernos a hacer las cosas «en diferente» para divertir a Europa o a los Estados Unidos, eso no. Naturalmente. Debemos atender a quienes vienen a tomar nuestro sol y ver nuestras catedrales o hasta a encarecernos un poco los precios, pero desilusionar en seguida a quienes piensan ver la «crema» de algún protestante por muy en sentido metafórico que sea. Por ejemplo, el del gesto de esos panfletos increíbles que se publican entre nosotros y que yo he visto comprar por docenas a varios turistas para recreación de amigos seguramente al ver que aquí se escriben cosas tan inverosímiles, con medieval regusto.

Claro que afortunadamente son muchos más lo que compran guías perfectamente hechas y unos poemas de Unamuno o Machado o de cualquiera de nuestros clásicos.

JOSE JIMENEZ LOZANO

EL CABALLO DE TROYA

La elección del intelectual

Un filósofo y escritor de ideas avanzadas, György Lukács, acaba de decir a un periodista de Italia que no hay arte apolítico. «El artista—según Lukács—no puede por menos de tomar partido. A veces no se da cuenta. La poesía amorosa está siempre escrita a favor o en contra de una mujer, luego es poesía partidista. Y lo mismo que en estas cuestiones de índole privada el artista toma posición ante las cuestiones de índole social. Para dar un ejemplo concreto: Velázquez era un pintor de la Corte, pero en sus cuadros se lee con letras mayúsculas todo el desprecio que sentía por el ambiente en el que se veía obligado a vivir». No hay, pues, opción. «Sostener que los grandes artistas del mundo burgués han sido siempre libres, significa tan sólo reconocer que han sabido adaptarse tan bien que han dado esa impresión de libertad».

La elección del intelectual es siempre comprometida. Su vida personal queda en prenda de su creación, de sus entusiasmos, de sus filias y sus fobias. Arthur Miller ha sido reprochado por sus simpatías hacia los progresistas. «Pero, ¿qué quiere este hombre?», se preguntaban y se siguen preguntando los optimistas de la sociedad opulenta, los mismos que no comprendían la enorme tragedia que «La muerte de un viajante» representaba en el contexto de la sociedad capitalista. América dió fama, nombre y dinero al gran autor. Hay muchos que llevan el estado de las finanzas

de Miller para demostrar escandalizados la injusticia que cometió el dramaturgo con una forma de vida que le colmó materialmente. Los viajes por el extranjero, su cuenta bancaria, la finca que posee Miller en Connecticut, sus pequeñas inversiones, e incluso la elevación del nivel de vida de su pobre familia, que de los «ghettos» judíos ha logrado saltar a una existencia placida y burguesa, son los pobres argumentos que se utilizan para razonar el sentimiento de Arthur Miller, uno de los más grandes autores teatrales de nuestra época, a quien muchos gustarían de ver encarrilado en el orden de la sociedad y a quien no puede perdonarse fácilmente su sentido equivocado o no, que esta es otra cuestión—del compromiso. «After the fall», la obra en la

incluso, por las calles los estudiantes con sus pancartas pidiendo el cese del intervencionismo norteamericano, condenando la política de fuerza y atacando la extraterritorialidad de Johnson.

No entramos en el fondo concreto de la cuestión, ni aducimos con ello que la Administración estaba equivocada, o que los estudiantes y profesores manifestados, por otra parte, estaban lejos de la verdad. Lo que interesa es la opción, el compromiso valientemente sostenido contra viento y marea, empujando en alas de la mejor de las libertades. La elección del intelectual supone siempre un riesgo, quizá tan peligroso como el de las manos sucias, que es el alegato que se invoca siempre para condenar a la esterilidad a quien tiene el derecho y la obligación de pensar y creer, dejando en sus libros, en sus obras o en su arte el sentimiento que su conciencia le impone.

«El artista—según Lukács—debe ser libre de crear lo que quiera, y luego ser criticado desde el punto de vista ideológico o artístico, pero sólo a posteriori». El hermetismo totalitario, las líneas trazadas por la ortodoxia de los partidos únicos o la conspiración taimada de los grupos de presión en los pueblos entendidos como libres podrán ahogar la voz humana del intelectual, pueden, también, hacer claudicar al mismo, llámense Pasternak o Miller, por ejemplo. Lo que no harán nunca es matar el ideal de libertad innato en el hombre que piensa. Precisamente Miller acaba de terminar su última obra teatral, «Incidente en Vichy», en la que insiste en la generosidad del hombre frente al terror organizado y la tiranía.

Recurrir a los bajos golpes aprovechándose de las flaquezas de la carne, o el miedo, o la dorada mediocidad que prometen las sumisiones para ahorrarse el espíritu de quien proclama alto el derecho a pensar libremente no es una táctica que consiga otra cosa que sellar unos labios. Como ese olvidable sacerdote de Graham Greene, en «El poder y la gloria», de las debilidades y las miserias del personaje afloran las auténticas esencias de la verdad insobornable. Y cuando este hombre pecador y magnífico cae delante de un piquete de ejecución, otro y otros ocuparán su puesto. Porque queda en el impalpable espacio que nadie podrá dominar jamás algo insaperehensible: una ética, un ejemplo.

MIGUEL ANGEL PASTOR

Uno nunca acaba de curarse del pecado de la ingenuidad. Pero hay ingenuidades que rebasan los límites de lo creíble, sobre todo en ese terreno económico que se presta a flexibilidades aleatorias de todo orden. Los mitos que se consagran ahora, la productividad, la racionalización, la política de salarios y las rentas y otros conceptos parecidos, se barajan con tal promiscuidad que inducen a la desorientación más súbita. ¿Qué se entiende por productividad? ¿No afecta, verbi gratia, la tal productividad al empresario que dedica parte de las ganancias de sus actividades a comprarse un chalet en la Costa Brava, o un yate, o a aumentar sus gastos personales en manera despilfarradora? Parece ser que no es así, y que la productividad se concibe como un mayor esfuerzo por parte de los asalariados.

Con este esfuerzo se conseguirá aumentar la producción y podrá tener derecho a una ración superior en esa tarta que tanto se prodiga.

Acabamos de ver transcritos en una publicación española unos curiosos «siete pecados capitales de la economía», con el sugerente subtítulo de «Siete herejías económicas muy difundidas y su refutación por técnicos alemanes en esta materia». La cosa resulta hilarante,



te, aunque no pueda concebirse cómo se ha llegado a ese «milagro alemán» con unas ideas tan peregrinas como las que representan los siete pecados que refutan «técnicos alemanes». Veamos, sin afán exhaustivo, en lo que consisten los tales pecados y la panacea que los técnicos proponen.

La herejía séptima consiste en lo siguiente: «El capital se lleva la parte del león y los trabajadores la del ratón». A esta heterodoxa y al modo de Esopo aseveración, los técnicos de marras se han devanado la cabeza para replicar sabiamente: «En una empresa bien concebida, parte de la renta va a los trabajadores y en una cuantía de 90 por 100».

Los propietarios reciben un 10 por 100; sin embargo, son las máquinas las que realizan la función principal». El descubrimiento es importante, aunque un tanto simplista. Aconsejariamos a estos técnicos nos ampliaran el concepto, indicando casos concretos en que se den estos porcentajes, puesto que además se menosprecian factores económicos tan insoslayables como la autofinanciación, la amortización, los impuestos, etc.

Otra de las herejías radica en considerar que la acción de los Sindicatos es la que ha provocado la elevación del nivel de vida de los trabajadores. Se arripe a esto que la acción sindical no ha desempeñado más que un débil papel y que la tal elevación se produce, en el 95 por 100 de los casos, a la utili-

zación de máquinas cada día más perfectas. Extraña teoría, en verdad, por la que se da carpetazo a más de un siglo de luchas sindicales.

Para no seguir con el tema, vale la pena hacer mención de algunos de los principios salvadores que se ofrecen como el no va más en la economía. Son los ya archisabidos de la libre empresa, la competencia, los efectos nocivos de los aumentos de salarios «si los mismos no van emparejados con la correspondiente productividad», etc., etcétera.

FERNANDO MENDY

JOSE GABRIEL
HUESOS Y ARTICULACIONES
TRAUMATOLOGIA
RAYOS X
Colmenares, 12, segundo izquierda
Consulta de 3 a 6

Trabajadores de cuello blanco

EL hombre del mono hace ya tiempo que se lanzó por el camino de las reivindicaciones. Los logros, aunque costosos y a veces tardios, no abandonaron nunca su aspecto ascendente. Reducciones de jornadas, incrementos salariales, primas y pluses, estimaciones profesionales, etc., resultaban objetivos bien pobres considerando las aspiraciones del trabajador y, sobre todo, el punto de arranque de donde habían partido: un absoluto ostracismo prolongado a lo largo de toda la era industrial. Pero aunque el obrero comprendiera que su esfuerzo no respondía a los resultados materiales, no desperdiciaba ocasión de mostrar su combatividad; única forma de no perder la fe en sí mismo y de no traicionar su sentido de clase.

Lo que más llama la atención en esta carrera por conseguir una mayor dignificación del hombre y una más amplia concepción de la justicia social, es la total ausencia de los llamados trabajadores de cuello blanco. Administrativos, contables, funcionarios, etc., mantuvieron desde el principio una actitud pasiva, como si todo aquello por lo que se esforzaba el hombre de la alpargata no fuera con ellos. Es más, en los centros de trabajo donde concurrían burocratas y productores manuales, aquellos nunca hicieron cuerpo con éstos, adoptando en ocasiones asiduos contrarios. La política de simpatía y estímulos psicológicos, impidió la proletarización de este sector, que por

permanecer de un modo más directo en contacto con los dirigentes y propietarios de la empresa optaron por acogerse a su amparo, esperando con ello obtener mayores ventajas.

Había en todo ello un intento de no perder sus pequeños privilegios, ganados casi siempre sin esfuerzo, más bien a título de dádiva graciosa, y había, especialmente, un afán de no identificarse con la clase obrera a la que se estimaba de substrato inferior. Prejuicio que se sigue manteniendo actualmente, ya, desde luego, sin fundamento ni razón alguna. Puesto que si los trabajadores de cuello blanco se distinguen de los obreros, es únicamente por este empeño diferenciador. El empuje de éstos a lo largo de los últimos lustros —se está haciendo referencia a los países industrializados— ha conseguido superar, o al menos igualar, los salarios de aquellos.

En cuanto a las condiciones en que se desarrolla el trabajo de ambos, resulta curioso observar cómo se van acortando las diferencias que en pasadas épocas existían. El maquinismo y la automatización, exclusivos antes del taller o la fábrica, han saltado también a la oficina. El empleado ha de verseles ahora con el más variado surtido de artefactos mecánicos y electrónicos. Desde la simple máquina de escribir al más complicado robot; pasando por prensas, máquinas de direcciones, ficheros semiautomáticos, etc., el número de botones y palancas proliferan de tal modo que se hace imposible distinguir la sala de mandos de una fábrica, de un despacho administrativo.

Por lo tanto, ni en cuanto a salarios, ni en cuanto a condiciones de trabajo, ni por las oportunidades de promoción, ni tan siquiera por la estimación social, podría hoy considerarse al empleado o al dependiente en un plano superior al del obrero cualificado. Y sin embargo persiste en su empeño de constituirse clase aparte. Si algo verdaderamente define a este estamento social es su negativa a considerarse obrero. Y puesto que sus aspiraciones de ascender y confundirse con la media y alta burguesía se encuentran hoy más que nunca, inaccesibles, será este sentido negativo el que constituya la esencia misma de su realidad.

Las apariencias que se intentan mantener (vestido, aspecto externo, etc.), no servirán más que para precipitarle con mayor celebridad hacia su propia destrucción. Incrementará su jornada de trabajo con el pluriempleo; ocultará ante los demás sus necesidades sin poderlas poner, así, en vías de resolución; mantendrá su aislamiento inoperante; se alejará de cualquier actitud reivindicativa, simulando su satisfacción con el medio en que se desenvuelve; etc. En una época donde el intento individual se desvanece ante la rigidez de la estructura, estos nuevos hidalgos venidos a menos, están condenados a pasar su tiempo deseando soñadas grandezas y ocultando reales indignias.

GUILLERMO DIEZ

que Miller autobiografía su experiencia con Marilyn Monroe, ha merecido, al margen de sus calidades artísticas, la acidez de aquellos que ven en Miller una doblez hipócrita, un juego poco limpio y una actividad dudosamente patriótica.

Arthur Miller estuvo sentado en el banquillo de Mc Carthy, el fanático senador que veía brujas malélicas por todas partes, el hombre que intentó uniformar el pensamiento de los intelectuales americanos. A aquella etapa desgraciada de la vida de su pueblo iba a dedicar, años más tarde, el escritor su obra «Las brujas de Salem», el más tremendo alegato contra la intolerancia, los fanatismos y las rígidas concepciones históricas y sociales.

La réplica, sin embargo, llegaría bastante tiempo después, ya en este año. Los intelectuales americanos se han pronunciado rotundamente contra el intervencionismo. Las universidades americanas se agitaron en derredor de dos de los grandes problemas que su nación tiene pendientes: Vietnam y Santo Domingo. Centenares de profesores y millares de estudiantes se pronunciaban contra la política de su Gobierno en Asia y América. Hubo pasión, controversia y crítica. Sallieron,



CASA LIBRERIA SANTAREN y MINON

GARANTIA EUROPEA

más de 3.000 calderas instaladas

CALDERAS VAP

Para la calefacción por agua caliente, a gas ciudad.
Fabricada por

HYGASSA Hornos y Gasógenos, S. A. Bilbao.
Con licencia de H.A. Richard (París).
Placa de calidad de «Gas de Francia»
Alto rendimiento verificado por Catalana de Gas y Electricidad y Gas Madrid.

DELEGACION EN VALLADOLID
Gabilondo, 2 - Tfn. 232506

VAP GENERA BIENESTAR